

cada vez que ello resultaba conveniente para alguna teoría. Sapir, que dedica los capítulos 9 y 10 de su libro a argumentar contra ambas modas, al final parece excusarse ante el lector por su actitud polémica. Los argumentos expuestos en uno y otro caso —dice— “han sido, en su mayor parte, de orden negativo, pero creo que esas negaciones son saludables”. Yo espero que mis negaciones tengan algo de saludable. Sé, desde luego, que no soy el único que las hace. A lo largo de la historia de la cultura ha habido, constantemente, episodios parecidos a éste. Me siento un poco heredero de aquellos humanistas del Renacimiento, típicamente Erasmo, que tomaron la pluma para persuadir a sus contemporáneos de la necesidad de acabar con los sistemas mecanizados y esterilizantes. Pienso, por ejemplo, en ese Juan Maldonado que en 1529 publicó una *Paraenesis ad politiores litteras adversus grammaticorum vulgum* (“Exhortación a las buenas letras contra la turba de los gramáticos”).

Antonio de Nebrija había sido, sin duda, un gran hombre, pero ¡qué tieso, qué prolijo y qué inútil el sistema de enseñanza derivado de su gramática latina! Imposible negar la grandeza de un Hjelmslev, de un Jakobson; pero estoy convencido de que, en lo que se refiere al estudio de la literatura, los sistemas derivados de ellos están causando “más mal que bien”. La *Paraenesis* de Maldonado tiene un acento patético: él malgastó su mocedad por culpa de un sistema nefasto. Yo no he tenido esa desgracia, pero me gustaría evitársela a los jóvenes. Por eso, así como en sus dos capítulos penúltimos Sapir puso en guardia al lector contra caminos que no son los del auténtico conocimiento lingüístico, así les digo yo a los jóvenes que aspiran a ser profesionales de los estudios literarios: ¡Cuidado! Abran bien los ojos. Perder el tiempo es cosa grave. Veán si el camino que les propone la Nueva Academia conduce a algo.

LA VIDA (A) LEVE

LA MUSA CON VESTIDO A SU MEDIDA, I

Dos sonetos sobre el soneto traducidos por Ulalume González de León

DEL SONETO

Si al inglés encadenan rimas fáciles
y engrillan al soneto como a Andrómeda,
sordas a la aflicción de la hermosura,
fuerza será calzar una sandalia

mejor entretejida y más perfecta
al pie desnudo de la poesía;
la lira tiempen y el esfuerzo midan
de cada cuerda el industrioso oído

y la atención aguda, y así ganen;
avaros de sonidos y de sílabas
como Midas del oro, no dejemos

que hojas secas se mezclen a laureles;
y, si no libre, sea nuestra Musa
de sus propias guirnaldas prisionera.

John Keats (1795-1821)